8(9)

CONTESTACION

Á LA ESPOSICION QUE HA PRESENTADO

DON JOSÉ GALOFRE

Á LOS SEÑORES DIPUTADOS

DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

sobre el estudio de las bellas artes en España.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Calle del Nuncio, 19, pral.

1855.

Hace ya bastante tiempo que tanto el Sr. Galofre como otras personas menos competentes sin duda, pero no peor enteradas de lo que tratan, escriben artículos ó *sueltos* de periódicos en contra de las Academias, en los que á vuelta de tal cual verdad de las que llamamos de Pero Grullo, se confunden las especies con admirable impavidez y se sacan las consecuencias mas desatinadas. Un mal entendido espíritu de innovacion, el prurito de granjearse cierta especie de falsa popularidad adulando las preocupaciones del vulgo, ó tal vez impulsos del despecho ó de otras pasiones mezquinas, suelen inspirar aquellas diatribas, ya demasiado repetidas para que impunemente se pueda dejarlas sin contestacion; pues sabido es con cuánta facilidad se logra estraviar la opinion pú-

blica á fuerza de repetir siempre los mismos errores sin que les ponga nadie el oportuno correctivo. Y como en España, por desgracia, las personas que pudieran rebatirlos victoriosamente, no lo hacen, ya por desden, ya por inercia, ya por no permitírselo ocupaciones mas apremiantes, ya, en fin, porque consideran que aquellos malos ataques llevan en sí mismos su castigo; se cree por algunos incautos, muy aferrados en el antiguo refran de que «quien calla otorga,» que los Sres. Galofre y Compañía tienen razon. Nosotros vamos á esponer algunas breves consideraciones en respuesta á las que dicho Sr. ha dirigido á la Asamblea Nacional, y á demostrar, en cuanto nos sea dable, que está muy equivocado en creer que las Academias son ni pueden ser una rémora para el adelanto y prosperidad de las tres nobles artes en España.

Empezaremos por descartar del escrito del Sr. Galofre todo lo que, ó no viene á cuento, ó es manifiestamente erróneo en punto á lo que pudiéramos llamar sus *considerandos*, pues ni hay razon para ensalzar tanto unas veces y deprimir tanto otras á nuestra nacion, como lo hace por ejemplo en estas dos frases:

1.ª «El pais de Europa que dió mejores y mas »sazonados frutos en materia de bellas artes en el »siglo XVI, despues de la hermosa y fecunda Ita»lia, es España;»—con lo que prueba el Sr. Galofre que no es aleman, ni francés, ni inglés.

2.ª «Las tres nobles artes vinieron á España »*casi siempre* con retraso de un siglo;»—lo cual, aun prescindiendo de ese *casi siempre* que no se sabe lo que significa, pudiera hacer creer que el Sr. Galofre es aleman, ó inglés, ó francés.

Entre las cosas que no vienen á cuento debemos descartar aquello de que nuestra arquitectura sobresalió en el estilo ojival y en el árabe, cosa rara y que nadie antes que el Sr. Galofre habia observado. ¡Cuánto tambien ha debido meditar para descubrir que la mezquita de Córdoba, la alhambra de Granada y el alcázar de Sevilla son obras magníficas en su género! Nunca lo habrian oido decir seguramente hasta ahora los Sres. Diputados; ni sabrian tampoco que las catedrales de Toledo, Sevilla, Burgos, Leon, etc., etc., fuesen obras notables del arte cristiano; y que Murillo y Roelas fueron buenos pintores. ¡Siempre se aprende algo!

Pero ¿qué entenderá el Sr. Galofre por *artis-*

tas ojivales, y qué por *artes liberales*? ¿Y qué por buena ordenacion de un Museo, cuando critica la del Real Museo de Madrid solo porque no está arreglada *históricamente*? Por ventura ¿lo hubiera él arreglado históricamente? Eso dá á entender su frase magistral, y sin embargo el Sr. Galofre no debia ignorar que ese arreglo histórico ó cronológico es imposible, particularmente en la escuela española que cita, en la cual no hay mas obras que de los siglos XVI y XVII: período demasiado corto en la historia del arte para hacer en él una aplicacion de lo que se entiende por órden cronólogico. Hay además otra razon en favor de la actual colocacion, aun dado el caso de que pudiese tener otra, y es, que no estando sus ventanas dispuestas para que puedan lucir los cuadros, porque no fueron hechas para ese objeto, resultaria un gravísimo inconveniente de ese deseado *arreglo histórico*, pues se podrian encontrar colocados precisamente en los sitios de peor luz los cuadros del mas grande de nuestros pintores, de Velazquez. ¿Y sería esto plausible bajo ningun concepto?

Pasa luego el Sr. Galofre á lo que pudiéramos llamar *su pleito*, pues siempre está escribiendo so-

bre ello, es decir, pasa á las *Academias*, confundiéndolas por supuesto, segun su costumbre, con las *escuelas*. En este punto, se nos ocurre ante todo que el escritor á quien impugnamos no debiera insistir tanto en su tan manoseado tema, por cuanto pudiera parecer á algunos maliciosos que, no siendo académico el Sr. Galofre, sus acusaciones contra las Academias tienen alguna semejanza con las que dirigia la zorra de la fábula á las uvas de cierta parra. Nosotros en verdad no lo juzgamos así; pero vemos con sentimiento que no conoce la índole y el carácter propio de las Academias, ni acierta á distinguirlas de las escuelas especiales, siendo sin embargo dos cosas muy distintas. Si así no fuera, y si conociese á fondo el asunto de que escribe, no asentaria con tanta formalidad esta inaudita proposicion: «Por consiguiente las Acade»mias murieron de hecho en toda Europa, allen»de los Pirineos.»

¿Ha perdido el juicio ó la memoria el Sr. Galofre? Comprenderíamos que esto se escribiese en el interior de África para los *académicos* de Tambuctú, ó allá en el fondo de la Australia para los profesores de las *escuelas especiales* que sin duda habrán ido á refugiarse en aquellos paises bárbaros

huyendo de nuestra culta Europa; pero que lo escriba en pleno Madrid el Sr. Galofre...

«Cosas tenedes el Cid
»que farán fablar las piedras.»

¿No sabe el Sr. Galofre que un considerable número de hombres de mérito, y de las mas esclarecidas reputaciones de Europa en materia de bellas artes, figuran dignamente á la cabeza de las Academias y escuelas de Roma, Nápoles, Florencia, Milan, Turin, S. Petersburgo, Viena, Munich, Dresde, Berlin, Dufseldorf, Francfort, Bruselas, París, etc., etc., etc. (pues esta lista pudiera comprender los nombres de todas las ciudades cultas de Europa)? ¿Ignora que casi todas esas Academias y escuelas estan perfectamente organizadas y dan escelentes resultados? ¿Ignora que es tan universal la conviccion de su utilidad,—mejor diríamos de su necesidad absoluta,—que hasta en los Estados-Unidos, el pais clásico de la *independencia* en todo, se han organizado ya Academias, ahora que empieza aquella jóven y colosal nacion á dar la debida importancia al estudio de las bellas artes como medio de civilizacion y elemento de grandeza? Pues si lo sabe,

como creemos que debe saberlo una persona que escribe tan á menudo, ¿por qué dice lo contrario? Y si lo ignora, que sería mucho ignorar, ¿por qué no procura informarse antes de escribir?...

Que el arte ha tenido *altos* y *bajos*, como todas las cosas de este mundo, nadie lo ha dudado hasta ahora, ni se dudará nunca; pero atribuir los *bajos* á las Academias y los *altos* á la ausencia de ellas, es cosa que á nadie en sana razon se le habia ocurrido, ni ocurrirá jamás probablemente. Tanto valdria atribuir la escelencia de los poemas épicos griegos y latinos y la inferioridad relativa de los nuestros, á que los antiguos no conocian la imprenta y nosotros sí. Esas épocas alternativas de prosperidad y decadencia de las artes que el Sr. Galofre atribuye al influjo de las Academias, tienen varias esplicaciones conocidísimas de los inteligentes, y de ellas vamos á darle una sola muy natural. ¿Cree el Sr. Galofre que despues de subir *todos* los peldaños de una escalera se puede seguir subiendo por ella mas todavía? Pues aquí tiene en sustancia la razon, entre otras, del auge y de la decadencia en bellas artes, como en todo lo que no son ciencias exactas *per sæcula sæculorum*: ahí tiene, material pero exactamente formulada, la

suerte de nuestra miserable humanidad: despues de haber subido á lo mas alto de la escalera, hay que bajar para volver á subir, —solo que la bajada es fácil y rápida, y la subida es árdua y muy lenta. Para lo primero, esto es para descender en bellas artes, las Academias no son sin duda un impedimento absoluto, pero son un estorbo: para lo segundo, es decir para adelantar, son un auxilio poderosísimo. ¡Por eso en toda Europa se aumenta diariamente su número y se mejora su organizacion con vivos desvelos; y el Sr. Galofre quiere que se destruyan en España, no ya por inútiles, sino por nocivas!!...

Pero vamos por partes—«*trajeron*, dice, *las Academias un sin número de pompas y dignidades pueriles...*» No sabemos francamente qué significa esto de las *pompas y dignidades*, presentado como un capítulo de culpas; pues si es una censura del órden gerárgico establecido generalmente en aquellas corporaciones, como en toda reunion de hombres, con decir que adonde quiera que vuelva los ojos encontrará el Sr. Galofre iguales ó semejantes pompas y dignidades, queda contestado su argumento. Pero repetimos que otra debe ser la significacion de aquellas palabras, y que quisiéramos

no entenderla, pues ¡esta sí que sería pueril en demasía!

Tampoco se comprende bien aquello otro del *sistema académico estatuario*. ¿Ignora el Sr. Galofre que fué un célebre pintor francés el que lo introdujo, cediendo á la tendencia que en la sociedad de su época empezaba á manifestarse hácia la *antigüedad clásica*, y cabalmente como contraveneno del estilo que entonces dominaba, y por consiguiente en abierta oposicion con lo que se practicaba así en las Academias como fuera de ellas? Porque es preciso recordarlo, ya que parece que hay tanto afan en persuadir lo contrario. Las Academias no pueden hacer que se adopte este ó aquel estilo; solo pueden influir mas ó menos contra el desbordamiento ó la anarquía en los estilos, y por consiguiente su mision será siempre moderadora y conservadora.—En cuanto al estilo, el que lo marca, el que lo *imprime*, por decirlo así, es el espíritu de la época, es la tendencia general de la sociedad;—y cualquiera que reflexione un poco sobre esto desapasionadamente, no podrá menos de reconocer que si fuera posible que un mismo hombre volviese á nacer en diferentes épocas, de seguro tendria en cada una de ellas un diverso es-

tilo, —*el estilo de la época*, — salvo el respeto á aquellas reglas universales de buen gusto á que en todos tiempos se han sujetado los hombres de verdadero talento en sus creaciones. Es innegable para nosotros que si Apeles hubiera vuelto al mundo en tiempo de Leon X, habria pintado segun el estilo de los grandes maestros italianos de aquel tiempo, quizá mejor que todos ellos; así como si hubiese vivido en España en tiempo de Felipe IV, otro hubiera sido su estilo, y otro muy distinto á haber renacido en tiempo de D. Fernando VI. ¿Quién sabe? puede que en esta última hipótesis hubiera sido el *manierista* de mas genio de su época; y de no ser así, aunque se hubiera separado mas que Goya de la forma dominante, siempre en sus obras se habria traslucido la época en que las ejecutaba, aunque en su talento nunca hubiera dejado de ser Apeles. No hay que dudarlo: á la presion de las ideas dominantes (y esta es la única verdadera *influencia omnímoda*) todo cede; ceden el orador sagrado y el profano, cede el hombre de gobierno, cede el legislador, cede el artista. Por esta razon, cuando oimos decir: —*¿Por qué no se pinta ahora como pintaba Murillo?* contestamos: —por la misma razon que no se piensa

ni se escribe ahora como se pensaba y se escribia en tiempo de D. Alonso el Sabio. Y no solo es así, sino que así debe ser. ¿Qué han hecho todos los que han copiado y recopiado á Murillo? imposible parece: ni siquiera han conseguido ser medianos coloristas; ni mas ni menos que los que pasan su vida copiando las obras de Rafael (de estos habrá visto muchos en Roma el Sr. Galofre), que llegan á no saber ni aun dibujar. Cada época tiene sus ideas,—su forma propia,—el caso está en saberla encontrar, y esto es lo que solo alcanzan los hombres de verdadero talento y genio artístico.

Pero volviendo á anudar el hilo de nuestro discurso, ¿qué es eso que dice el Sr. Galofre de *libertad de enseñanza bajo Luis Felipe?* Parécenos que esto no pasa de ser una frase hueca y altisonante, de esas que estan hoy tan en moda, entre las gentes atrasadas en ideas. ¿Qué quiere decir *libertad de enseñanza* (tratándose de la pintura y de la escultura)? Pues acaso ¿no existe, y lata, latísima, entre nosotros? El jóven que habiendo estudiado una de esas bellas artes en Francia, en Alemania, en Italia, en cualquier parte, se presenta en Madrid con el suficiente caudal de instruccion, ¿no puede, lo mismo que el que ha es-

tudiado en la escuela de la Academia de S. Fernando, optar al premio de Roma ó á cualquier otro? Es bien seguro que si el Sr. Galofre tuviera discípulos aventajados y en disposicion de competir con los de la escuela, y que, presentándose al concurso, hicieran mejores pruebas que estos, ellos alcanzarian, y no otros, la pension de Roma. ¿Por qué? porque lo único que se exige á los jóvenes en la Academia es que se hallen *en estado de optar al premio*, y que hagan, por consiguiente, buenos ejercicios. Jamás ha pensado ningun académico en exigirles *la fé de haber estudiado en la escuela*.

Pero dirá tal vez el Sr. Galofre: ¿cómo se esplica que los *brillantes* jóvenes (pues no puede menos de reconocerlos tales) que han obtenido el premio desde que se restablecieron las pensiones, han salido *todos* de la escuela de la Academia de S. Fernando y nó de los estudios particulares? La razon es muy obvia, y ella bastaria, á falta de otras mil, para demostrar la superioridad de los estudios académicos sobre todos los demas, y la consiguiente necesidad de las escuelas de bellas artes. Los jóvenes y, sobre todo, los que se encuentran ya bastante adelantados y en disposicion de juzgar bien, conocen *dónde pueden estudiar*

con aprovechamiento; y como tienen fé en los profesores de la escuela, lo cual sería *muy fácil* de demostrar al Sr. Galofre, si es que él no lo sabe, á ella acuden espontáneamente y no á otra parte. ¿Hay nada mas natural? Cada uno busca su provecho, del cual suele ser mejor juez que nadie, y entre las *muchas* ventajas que la enseñanza académica proporciona á los alumnos, hay dos de tanto bulto que ciertamente no podrá desconocerlas el Sr. Galofre. 1.ª Que ni en casa de este señor, ni en la mia, ni en otra alguna existe la coleccion de cuadros y de vaciados de estátuas antiguas que hay allí: 2.ª que en el estudio de cualquier pintor podrian *amanerarse* muy facilmente, y mucho mas que en la escuela pública. ¿Quién duda esto? Basta que en la escuela dependiente de la Academia haya, como hay, distintos profesores con distintas asignaturas, para que los discípulos no corran aquel peligro. Parécenos que esto se acerca mas á la *libertad de enseñanza* que el otro sistema de ir los discípulos á formarse en casa de *profesores pagados por el gobierno*, como indica el Sr. Galofre; sistema en verdad que ni aun merece á nuestro juicio los honores de la discusion.

¡Las Academias! ¡Cuánto se desbarra y con

cuán injusta animosidad hablando de ellas en nuestros dias! El Sr. Galofre dice que las cree innecesarias: nosotros las creemos mas necesarias hoy de lo que han sido nunca, por lo mismo que tan relajado anda el respeto á toda autoridad; siendo de advertir que siempre se ha conocido la necesidad de las Academias, y que realmente *siempre han existido* en toda sociedad culta, ya bajo su nombre actual, ya bajo otros y con distintas formas. Y sino, díganos el Sr. Galofre, ¿qué otra cosa eran sino una especie de Academias aquellos *gremios de artífices*, aquellas corporaciones de francos-mazoneros sujetas á una iniciacion misteriosa, á reglas fijas y muy severas, que recorrian la Europa en la edad media, y de que todavía quedan muchos rastros en eso que los franceses llaman *Le Compagnonage?* Muchas de esas soberbias catedrales que tanto admira el Sr. Galofre, y de que nos habla como bellezas nunca observadas, ¿de quién son obra sino de aquellas sociedades ó Academias de artistas, que, lejos de consentir la *libertad de enseñanza*, ni aun consentian la libertad de ejercicio del arte? *Casi* todas en Francia y Alemania son obras suyas, y llega esto á tal punto, que á ninguna de ellas ha dado su nombre un solo maestro,—porque

realmente tampoco eran obra de uno solo, sino de la corporacion y gremios que en su edificacion tomaban parte! Tenga por cierto el Sr. Galofre que á no haber sucedido así, y *no porque lo mandase nadie*, sino por la fuerza natural de las cosas, no hubiera producido el arte en los siglos medios, abandonado á los esfuerzos individuales, todos esos prodigios que contemplamos aun hoy con asombro, en Leon, en Salamanca, en Sevilla, en Toledo, en Burgos, en Zaragoza, en Barcelona, y en tantos otros pueblos de España y de toda Europa. Otro tanto puede decirse de los pintores. Los mas afamados de Italia, en Academias se formaron: y en aquella tierra clásica de las artes, tan fecunda en dibujantes y coloristas maestros de todos los grandes pintores del mundo, hubo siempre, desde el siglo XIV, gremios, compañías, colegios, Academias en fin, con estatutos, privilegios y exenciones, que, si hoy se pusieran en vigor, le parecerian al Sr. Galofre infinitamente mas depresivos para los estraños á la corporacion, que los mismos gremios de oficios ya abolidos. Florencia, Roma, Siena, Perusa, Venecia, Mántua, Módena, Parma, Milan, Bolonia, Turin, Ferrara, Nápoles, cuantas ciudades en suma produgeron genios ori-

ginales en pintura, tuvieron Academias ó corporaciones, cuando no establecidas de una manera análoga á las modernas, al menos bajo el carácter de asociaciones devotas, como las de los artistas del siglo XIII.

¿Cómo puede por consiguiente desconocerse, no ya las ventajas, sino la necesidad de las Academias, en el concepto de corporaciones depositarias y conservadoras de las buenas tradiciones, de los principios universalmente reconocidos, y hasta como centro comun de los esfuerzos de todos y representacion viva de la *autoridad* de todos igualmente?—Porque no es de creer que uno solo, aunque sea el Sr. Galofre, pueda pretender representar mas autoridad que todos, ni que, aunque lo pretenda, pueda llegar á conseguirlo. Suponemos que lo mismo sucederá en todos los ramos del saber; pero en materia de bellas artes, esto es evidente. Por eso en todos los paises del mundo civilizado, no á la opinion particular de este ó del otro artista, sino al dictámen de las Academias, es adonde se acude como al mejor criterio de verdad en todos los asuntos que se rozan con las bellas artes. ¿Quién ha de fallar en los certámenes? ¿quién ha de adjudicar los premios? ¿quién ha

de dirigir las obras públicas? ¿Querria por ventura el Sr. Galofre que estos importantes cargos se confiasen por un ministro al artista que mas le agradase á él, ó al que tuviese mas valimiento con el oficial del negociado? ¡Bueno andaria ello! En vez de clamar contra las Academias, nosotros creemos que por interés de todos se deberia clamar en favor de ellas... O sinó, díganos el Sr. Galofre: si el ayuntamiento de Madrid, por ejemplo, cumpliendo mejor con las obligaciones de su instituto, no se hubiese metido á decidir por sí y ante sí, ú oyendo solo á sus amigos, sobre cuestiones de ornato público, de que no tiene motivos para entender, y consultase sobre ellas á la Academia, como exigen la razon y la ley, ¿se habrian erigido en Madrid tantos insignes mamarrachos como lo estan afeando? Y cuenta que aquí nos limitamos á los monumentos públicos, pero sin desconocer por eso cuánto convendria tambien que los edificios particulares estuviesen sujetos en su decoracion esterior á una aprobacion facultativa, como sucede en otras capitales cultas, y muy señaladamente en la que el Sr. Galofre, repitiendo lo que otros muchos han dicho, llama *la moderna Atenas*. Pero sin salir de las obras municipales y de

las del Estado, ¿por ventura la Academia hubiera dejado pasar sin correccion ó reforma completa esas monstruosas fuentes de las plazas del Progreso y de Pontejos, esos horrendos candelabros del Teatro Real, esos ridículos revoques y embadurnamientos que se ven por todas partes, y tantas otras cosas que no nombro por el bien parecer? Pues con libertad completa se han hecho, y se siguen haciendo con independencia absoluta de la Academia. La Academia *se lava las manos* de todas ellas, para honra suya y crédito de sus individuos.

Afortunadamente la época de esos estravíos del gusto (á que muchos en nuestro pais llaman *genio*) va pasando, como pasará tambien la de los ataques infundados sin su correspondiente contestacion. Gracias á la escuela académica y al progreso de las ideas, los jóvenes arquitectos españoles se encuentran ya á otra altura, y es desgracia solamente que les falte ocasion de demostrar todo lo que son capaces de hacer. Esperemos sin embargo que les llegará esa ocasion, pues no siempre han de estar reducidos á las obras de los particulares, siendo tantas las obras públicas que reclaman los adelantos del siglo.

¿Cómo pretende ignorar el Sr. Galofre que

(gracias á las Academias sin duda) hay ahora en Europa *mejores grabadores que nunca*, discípulos de las escuelas, formados en ellas y luego profesores en ellas? Por otra parte, á la Academia de Dusseldorf, rival de la de Munich, se deben las célebres pinturas modernas que adornan los palacios de Dresde, de Berlin y de otras ciudades de Alemania, cuyos monumentos artísticos son la delicia y el principal aliciente de los innumerables viajeros que las visitan. En Milan y otras capitales no se pone *una piedra* en parage público, sin prévia aprobacion de la autoridad artística á quien naturalmente corresponde darla. Pero ¿á qué continuar esta reseña que podria ser interminable, si esto lo sabe todo el mundo; si no hay una sola capital civilizada que no tenga una Academia de bellas artes, establecida de antiguo, ó últimamente formada? No imitemos al Sr. Galofre, que con sus prolijos *vi aqui*, *vi acullá*, *vi* en tal parte, *vi* en cual otra, como si nadie hubiera visto lo que él vió ó creyó ver, nos trae á la memoria, y se lo agradecemos, aquellos hermosos versos del Sr. Martinez de la Rosa:

Vi de la soberbia corte

las damas engalanadas,
muy vistosas:
vi las bellezas del norte,
de blanca nieve formadas
y de rosas;
mas el ánima afligida.....

al ver que se quiere negar la luz, al ver que todo se confunde,

mil suspiros exhalaba
y ayes mil!.....

Sí, Sr. Galofre: los progresos en bellas artes que actualmente se advierten en España, como en las demas naciones, á las escuelas académicas se deben en muy gran parte. Nadie podrá negar esto, si ha visto las obras ejecutadas por los pensionados para obtener la pension y despues de obtenida. En vista de ellas, creemos que debe solo decidirse quién tiene razon, si el Sr. Galofre ó nosotros; y decimos *nosotros*, porque de nuestra parte estan seguramente (y sino, á la prueba nos remitimos) todos los que en materia de bellas artes valen algo en España. Las escepciones serán escasísimas en número y en calidad.

Mucho podriamos decir al Sr. Galofre sobre los evidentes progresos que se advierten en los alumnos de la escuela de bellas artes. No sabemos si habrá llegado á su noticia que uno de estos, de los mas aventajados sin duda, despues de haber hecho todos sus estudios en Madrid, donde por ser francés no ha podido optar en España á la pension de Roma, se ha encontrado en posicion, habiendo ido á París, de poder optar al gran premio que allí, como es sabido, se adjudica todos los años, prévio concurso como en España, y prévio tambien juicio de la Academia. Creemos que este hecho habla muy alto en favor de la enseñanza académica, como se halla hoy establecida.

Y para terminar, preguntaremos al Sr. Galofre, ¿á qué viene sacar continuamente á colacion un artículo de un periódico francés en que se dice que *nada* se habia enviado de España á la Esposicion de Bruselas? ¿Cómo habian de dar con seriedad á esa espresion el significado con que la ha traducido y la cacarea tanto el Sr. Galofre, cabalmente en un pais donde han recibido *los premios que allí se dan*, concluidas las esposiciones, algunos de los artistas españoles que hoy viven? El hecho consignado en aquel periódico ni tiene la

significacion que presume el Sr. Galofre, ni aun cuando la tuviera en él, pasaria nunca de ser la opinion aislada de un periodista, que puede muy bien no ser un hombre competente. En Francia muchos de los actuales artistas españoles son conocidos y estimados, como lo son en Roma; donde sabe muy bien el Sr. Galofre que son bastantes las pruebas públicas de justísimo aprecio que se les han dispensado; lo cual en todo caso valdria siempre mas que el dicho aislado de un articulista, cuya inteligencia en bellas artes no nos consta.

Que los artistas españoles no espusiesen *nada* en Bruselas aquel año, no prueba que en España no se sepa pintar. Y á propósito de esposiciones estrangeras, ¿sabe el Sr. Galofre que haya encargado el gobierno español muchas obras (como lo ha hecho el francés, á pesar de la guerra de Oriente) para que puedan figurar con honor las artes españolas en la próxima Esposicion universal de París?... Esta, esta es la razon de que no se vean obras españolas, ó se vean muy raras veces en las esposiciones estrangeras; esta, sí, porque en España no se piensa en que existen las bellas artes, en la necesidad de ellas, en encargar obras á los que han dado pruebas de capacidad; y siguiendo *esto así*,

¿á qué proporcionar á los jóvenes los medios de estudiar y de perfeccionarse? ¿Para que luego no tengan ocupacion proporcionada á los estudios que han hecho en España y fuera de ella? Si no se encargan obras á los artistas, aunque entre ellos hubiese mayores talentos si cabe que los de Rafael, Tiziano y Velazquez, moririan, es bien seguro, sin haber dado muestra de lo que pueden hacer en honra de su pais y de su nombre... ¿Qué obras encargan nuestros gobernantes para formar un Museo nacional contemporáneo, ó para los Museos provinciales (como los de otras naciones)? — Desengáñense los que esten engañados; ni la misma industria llegará nunca á la altura á que ha llegado la de las demas naciones de Europa, si no se piensa en lo que *le dá forma*, en lo que *le dá elegancia y buen gusto*, en las bellas artes. Nos sería muy fácil demostrar esto que decimos, aunque creemos no necesita demostracion.—Sí, el no tener obras de encargo y de lucimiento los artistas, es, repetimos, la razon de que no se vean obras de arte espuestas fuera de España; y además, las dificultades y peligros de su transporte por nuestros malhadados caminos. Sobre esto sí que pudiera clamar cuanto quisiera y en todos los

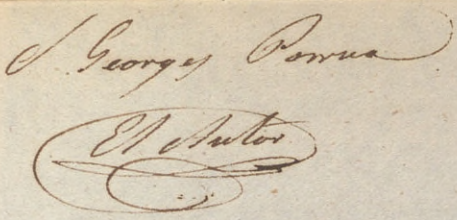
tonos el Sr. Galofre, tan aficionado á escribir para el público; y siempre sería poco. ¡Cuánto podria decir defendiendo en otro terreno la causa de los artistas! ¡qué bien haria en tronar contra la inercia de nuestro gobierno (el actual como los anteriores), que no hacen construir un miserable local para las esposiciones públicas, que no piensan en la formacion de una galería histórica contemporánea, que no se acuerdan siquiera de que las bellas artes no solo ennoblecen y dan gloria á las naciones entre las demas, sino que aumentan en gran manera su cultura intelectual, y son para ellas un rico y fecundo minero de beneficios materiales!

Madrid, Febrero de 1855.

Federico de Madrazo.

NOTA. Tambien será necesario poner alguna nota en esta contestacion, aunque no sea mas que para remachar un clavo: «Las Academias de España, de Italia, ni de

ninguna parte, pueden hacer un buen grabador,» dice el Sr. Galofre.—Consecuencia: los primeros grabadores del mundo (entre los antiguos y modernos) los célebres Toschi, Calamatta, Mercurj, Jesi, Enriquel, Dupont, Desnoyers, Keller, Schaeffer, Massau, etc., etc., y sus muchos esclarecidos discípulos no saben grabar.—¡Y esto se quiere hacer creer en España en el siglo XIX!!...



S. Georges Porrua

El Autor